

# NOTAS SOBRE GLOBALIZACIÓN Y SINDICALISMO

JOSU EGIREUN

Sindicato ESK

---

## ABSTRACT

■ *En el presente artículo se analizan las características centrales de la globalización y sus repercusiones en el sindicalismo mayoritario así como las posibles alternativas en las que debe desenvolverse para romper con la lógica del sistema neoliberal. En esta línea, se profundiza en el «terreno de juego» en que la acción sindical debe moverse y en la necesidad de redefinir la nueva agenda sindical, la convergencia con los movimientos sociales y la las alternativas posibles.*

■ *Artikulu honetan, globalizazioaren ezaugarri nagusiak eta nagusi den sindikalismoan dituen ondorioak eta logika neoliberalarekin amaitzeko aukera posible desberdinak aztertzen dira. Bide honetan, ekintza sindikala ibili beharko litzatekeen «jolas eremuan» eta agenda sindikala birdefinitzeko beharrea (mugimendu sozialek bateratzea eta alternatiba posibleak) sakontzen dira.*

■ *This article analyses the main features of globalization and its impact on majority unionism, as well as the possible alternative ways such phenomenon should take in order to break with the logic of the neoliberal system. In this sense, we will go deeper into the «playground» to which the union activity should be taken, as well as*

*into the need to redefine the new union agenda, the concurrence with social movements, and any possible alternative way.*

---

## 1. Globalización, ¿de qué estamos hablando?

Si hay un elemento que caracteriza a la globalización capitalista es la mercantilización del planeta y de la vida de las personas, fruto de la derrota obrera en la crisis del último cuarto del siglo XIX, las revoluciones operadas en el terreno de las comunicaciones, las energías, la circulación del capital y la transformación de las relaciones laborales. Una globalización que actúa en cuatro direcciones:

- la desregulación (a través de instituciones de ámbito planetario como el FMI/BM, la OMC y el G-8) de las relaciones económicas internacionales... si se puede llamar desregulación a la consolidación de una férrea regulación de las relaciones económicas mundiales para garantizar el libre flujo de las finanzas en beneficio de las transnacionales y el capital financiero;
- la precarización de las relaciones laborales, en los tres tiempos de la vida laboral: el acceso a un puesto de trabajo, mediante la extensión de normas contractuales que convierten el derecho al trabajo en una carrera de obstáculos imposible, cuando no una puerta giratoria para acceder directamente al despido como trataba de imponer el Contrato del Primer Empleo en Francia; en la organización del trabajo, a través de la flexibilización de la jornada, la movilidad funcional y geográfica; y en la salida del proceso productivo, precarizando las condiciones de jubilación;
- el desmantelamiento del Estado de Bienestar, a través de la reducción de recursos, su desmantelamiento con criterios de gestión empresarial y la subcontratación a la empresa privada
- la privatización de los bienes comunes: si en los albores del capitalismo se aplicó la política de «cerkas» para someter los bienes públicos a la propiedad privada, el capitalismo del siglo XXI, la globalización neoliberal extiende este criterio a todas las esferas de la vida. Desde la privatización del aire y el agua hasta la del conocimiento y los seres vivos a través de las patentes.

Estamos, por lo tanto, hablando de la concentración privada, sin precedentes, de los medios de producción, de información, de intercambio y de los poderes reales de decisión y coacción cuyo principio y fin es sacrificar los derechos de las personas y el futuro del planeta al Dios dinero en el altar del

mercado capitalista. «Estamos en la era de la mercantilización y la privatización del mundo» (D. Bensaid).

La reducción de la esfera pública, del control democrático y la militarización de las relaciones internacionales como elemento *sine qua non* para mantener el orden (dos décadas después de fin de la carrera armamentística, las dominaciones imperiales se cubren de armamentismo hasta el firmamento y necesitan declarar nuevas cruzadas imperiales en un nuevo feed-back histórico) junto a la puesta en riesgo del futuro (equilibrio ecológico) del planeta son los corolarios necesarios de esta globalización basada en la extensión de la propiedad privada a todos los ámbitos de la vida. En su día *Milton Friedman* —líder de los Chicago Boys— lo dejó claro «lo fundamental no es saber si funcionará el mercado o no. Todas las sociedades necesitan del mercado. La cuestión central es la de la propiedad.» Sin embargo, el mercado como regulador (fiel de la balanza para medir la salud —competitividad— de la sociedad) de las necesidades humanas se ha convertido en el *quid pro quo* del sistema. Del sistema y de las organizaciones más representativas del movimiento sindical.

Es difícil encontrar un documento sindical de la CIOLS, de la CES o de las organizaciones sindicales adscritas a ellas (salvo raras excepciones) sin que comience con la letanía de «compartiendo el objetivo de hacer de nuestras economías unas economías competitivas»... enredándose en la lógica del sistema, en contradicción con la defensa de los intereses que representan.

¿Puede actuar el mercado como regulador de las necesidades sociales? Es conocida la retórica neoliberal de que el mercado es el instrumento idóneo para satisfacer las necesidades sociales: cuando éstas se manifiestan, el mercado las detecta y genera la oferta necesaria para satisfacerlas. De ese modo las necesidades sociales serían cubiertas a medida que fueran surgiendo. Sólo que esta ecuación no toma en cuenta el elemento básico para el funcionamiento del mercado en el sistema capitalista: el dinero. Porque el mercado no reacciona en función de las necesidades sociales; el único elemento que activa el mercado en el sistema capitalista es el dinero. Ya puede haber muchas necesidades sociales que si no hay dinero para satisfacerlas, el mercado no las va a reconocer. Por ello en la lógica del mercado capitalista, quien más dinero tiene más poder detenta. De ahí, que no tenga nada de extraño que quienes detentan el dinero quieran establecer el mercado como sistema de regulación social. ¿Tiene sentido que el sindicalismo se enrede en ésta lógica del sistema?

Y, sin embargo, el sindicalismo mayoritario se encuentra preso en esta tela de araña sin propuestas alternativas desde que se ciño a buscar una versión «más social» de la, a su entender inevitable globalización neoliberal y la necesidad de trabajar desde la lógica de garantizar la competitividad del sistema. En cierta medida Margaret Thatcher tenía razón: there is not alternative. No había alternativa al sistema; al menos, no desde las grandes organizaciones del movimiento sindical.

Un movimiento sindical embebido en la idea de que el movimiento obrero y la sociedad tenía que adaptarse a los cambios obligados de la revolución tecnológica so pena de perder el tren de la historia y considerando que los sacrificios del día a día, eran la garantía de un futuro próspero, perdiendo la perspectiva de que las políticas aplicadas (a veces en consenso con las organizaciones sindicales y otras con una débil confrontación) minaba no sólo la relación de fuerzas entre las clases, sino también la capacidad de reacción de los sindicatos. Y, en cualquier caso, perdían la perspectiva de que la implantación de las transformaciones tecnológicas en el proceso productivo no es aséptica, sino que depende enteramente de la relación de fuerzas en el conflicto de intereses. De ese modo, el imperio de la mercantilización venía de la mano del imperio del fetiche tecnológico.

Sumido en él —pero no sólo por eso: aún queda por dilucidar lo que ha pesado en la práctica del sindicalismo su inmersión en el andamiaje institucional estatal y empresarial para determinar cuánto de su política ha estado determinada por errores analíticos y cuanto por otro tipo de ataduras— el sindicalismo ha sido incapaz hasta la fecha de confrontar una globalización considerada inevitable, limitándose al reparto de las desgracias en los ciclos bajos de la economía y tratando de arañar migajas en sus ciclos altos, pero sin un proyecto estratégico de confrontación la gestión neoliberal de la economía, la política, el medioambiente y la sociedad. A esto responde, sobre todo, el que aún hoy, el sindicalismo esté a la zaga en la vertebración del movimiento altermundialista.

## 2. Pero, ¿hay alternativa?

Sin embargo, en medio de esta impotencia histórica los malestares generados del sistema y la acumulación de sus propias contradicciones saltaron por el eslabón más débil: la rebelión zapatista. Una rebelión que puso término al fin de las ideologías y el intento de borrar la memoria histórica con el mito del «fin de la historia», un rebelión que reivindicaba el futuro desde las raíces históricas de los pueblos indígenas situándolas en el marco de las luchas contra el modelo neoliberal como sistema mundial, llamando a la convergencia de las luchas y resistencias.

La rebelión zapatista situó al neoliberalismo en el origen de todos los males que recorren el planeta, cuestionó la idea tradicional de la izquierda en la lucha por el poder, afirmó que el protagonismo de la acción ha de recaer en la sociedad civil y que para ello es necesario el encuentro de todas las resistencias.

Cinco años después, la convergencia de una amalgama de movimientos en la movilización contra la cumbre ministerial de la OMC, con dos consignas elementales como «El mundo no está en venta!, ¡No somos mercancías!», y el fracaso de la misma, marcó el inicio de un movimiento de confrontación con el neoliberalismo en la que estamos insertos.

Un movimiento radical que, a pesar de carecer de un programa alternativo, ataca los fundamentos del sistema confrontando la lógica de someter la vida de las personas y del planeta a la lógica del mercado y beneficio capitalista impuesta al margen de cualquier control democrático, con la exigencia de satisfacer las necesidades humanas, preservar de la naturaleza y reivindicar el derecho de las personas a decidir democráticamente su futuro. Un movimiento que combinó dos elementos básicos: la confrontación con el sistema como objetivo y el consenso como método de trabajo.

A partir de ahí, se puede decir que, de la misma forma que no hay alternativa sin movimiento, el surgimiento de este movimiento (que si adquiere relevancia y abre las puertas a la esperanza es porque lo hace desde una crítica radical al sistema y en confrontación directa contra sus símbolos más emblemáticos: la OMC, el FMI o el BM) abrió, la puerta a la construcción de alternativas y marcó el principio del fin de la era TINA; con una gran ausente: el movimiento sindical.

Efectivamente, salvo raras excepciones, el movimiento sindical estaba, y aún está, embarrado en el círculo vicioso de construir la alternativa al neoliberalismo desde el compromiso por garantizar la «competitividad» del sistema (que en la UE se traduce en buscar un modelo social alternativo al neoliberal compartiendo de la «Agenda de Lisboa»), lo que no deja de ser una contradicción en los propios términos.

Ahora bien, ésta realidad no es estática, se mueve. En primer lugar porque el resto de movimientos contamina al movimiento sindical que no puede vivir ajeno al aliento y la esperanza que ha alimentado a través de movilizaciones como las de Seattle, Praga, Génova..., los Foros Sociales Mundiales o iniciativas de movilización como la del 15 de febrero de 2003 contra la intervención en Irak; y, en segundo lugar, porque cada día que pasa el nivel de agresiones del sistema aumenta y el margen de maniobra dentro de sus reglas, se reduce en una realidad que ha conocido cambios profundos.

### 3. ¿En qué espacio se mueve el sindicalismo?

La imposición de las políticas neoliberales ha modificado en aspectos fundamentales el terreno de juego del sindicalismo al menos en cinco aspectos:

- la redimensionamiento y fragmentación de la estructura empresarial;
- la fragmentación de la clase obrera;
- la amenaza de deslocalización y la importancia cada vez mayor de las instituciones supranacionales o multilaterales en la definición de las políticas económicas, sociales y laborales;

- la privatización de servicios públicos y de los bienes comunes, y
- la existencia de nuevos retos como los incorporados a través de la integración de la mujer en el mundo laboral la inmigración, la cronificación de la exclusión social o los derivados de la ecología o la restricción de libertades democráticas o la militarización del planeta.

La nueva fisonomía de las empresas (diversificadas en diversos países, complementando actividades entre distintas factorías, externalizando funciones, etc.) ha desconcentrado y fragmentado a la clase obrera en pequeñas y mediadas unidades de producción frente a las grandes concentraciones de antaño. Fragmentación espacial que ha venido en paralelo a una fragmentación interna entre distintas categorías dentro de las plantillas fruto de las distintas (contra)reformas laborales o de la aceptación, a través de la negociación colectiva, de criterios de flexibilidad funcional y territorial o la introducción de diferentes escalas salariales... que supone un lastre más a la hora de construir la solidaridad necesaria para hacer frente a las agresiones de la patronal o de las políticas neoliberales.

Por lo que respecta a la internacionalización de las empresas y la amenaza de deslocalización, más allá del debate sobre qué se entiende por deslocalización (si de las nuevas inversiones en otros países o simplemente el desmantelamiento de empresas para trasladarlas a otros países), lo importante es ser consciente de los retos a los que nos enfrenta la desregulación financiera y comercial en curso: el primero, confrontar la apertura de los mercados a nivel mundial, continental o regional; o, lo que es lo mismo, levantar una oposición radical a la agenda de la OMC, a proyectos como el ALCA o la Agenda de Lisboa en la UE (Directiva Bolkestein, entre otras), tomando como referencia la defensa de los derechos en el ámbito de la producción y consumo, así como la armonización social y fiscal como criterio previo a cualquier norma desreguladora; el segundo, que para hacer frente a una patronal cada vez más internacional y cada día más estructurada en ámbitos supraestatales, es necesario coordinar y reforzar la acción sindical internacional; por último, que las políticas depredadoras de las multinacionales en los países empobrecidos exigen articular una oposición radical a esas posiciones en el marco de las multinacionales. Resulta preocupante ver cómo una multinacional como Repsol puede incluso amenazar a un Gobierno como el de Evo Morales sin que ello provoque ningún tipo de reacción sindical en su interior.

La privatización de los servicios públicos y de los bienes comunes constituye uno de los objetivos centrales del proyecto neoliberal con la inestimable cooperación de los poderes públicos, estén en manos de la izquierda o de la derecha. Tanto mediante políticas de gestión empresarial (con criterios de rentabilidad económica) de los servicios públicos, o de normas que limitan la responsabilidad de los poderes públicos para garantizar servicios básicos en áreas donde interviene el capital privado, con el argumento de que esa intervención supone impulsar «competencia falsa» frente a la empresa privada..., como a través de una bien orientada política de patentes.

Por último, la incorporación de la mujer y de la inmigración al trabajo y la cronificación de la exclusión social añaden una complejidad mayor a la realidad de un movimiento obrero en el que si en algún momento las grandes concentraciones industriales y la homogeneidad que podía presentar la clase obrera eran elementos facilitaban la construcción de la solidaridad necesaria para confrontar las políticas del sistema, en la actualidad la construcción de esa solidaridad se ha convertido en un problema más complejo en el que inciden factores muy diversos.

Ahora bien, la globalización neoliberal no sólo afecta al sindicalismo en el ámbito de la empresa o de las políticas económicas y fiscales; la globalización neoliberal ha puesto en crisis todos los ámbitos de la vida (sanitario, urbano, educativo, de relaciones con terceros países...) y en sí mismo genera una crisis global, social, política, económica y ecológica, es decir, una crisis civilizatoria. A diferencia de las generaciones precedentes que en el devenir histórico mejoraban las condiciones de existencia de las anteriores, las actuales y las futuras tienen ante sí un panorama cuyo resultado global es la pérdida derechos (económicos, sociales y políticos) en relación a las precedentes.

No sólo asistimos a una regresión social, sino que, en el ámbito de la política, de las instituciones representativas, los acuerdos que se adoptan en organismos multilaterales y/o acuerdos entre diferentes Estados, se imponen y relegan a un segundo plano la soberanía de las instituciones representativas de los distintos estados cuya deriva necesaria es la restricción de los derechos civiles y democráticos e impulsar la militarización del planeta; también asistimos a una regresión cultural e ideológica en la que la supervivencia de la humanidad se contempla a partir de la competencia exacerbadas de todos y todas contra todo el mundo, como marco necesario para destruir cualquier puente solidario entre los sectores oprimidos.

#### 4. ¿Cómo responder a los retos de la globalización?

Ante esta nueva situación y a modo de notas, podemos indicar que, al menos el sindicalismo está obligado a repensar tres elementos básicos en su agenda: en primer lugar, la redefinición de la agenda sindical; en segundo lugar, la convergencia con el resto de movimientos sociales y, en tercer lugar, la construcción de alternativas globales de confrontación con el sistema. Vayamos por partes.

##### **Redefinir la agenda sindical**

La columna vertebral de esta redefinición se encuentra en la necesidad de recomponer de una relación de fuerzas frente al capital, para lo cual es necesario recomponer los puentes rotos de la solidaridad, en la clase obrera y entre la clase obrera y los sectores sociales oprimidos desde la perspectiva de sus derechos en el ámbito laboral y social; rompiendo la dicotomía entre el centro de trabajo y el

hábitat, entre el trabajo y la vida e incorporando problemáticas nuevas como las derivadas de la incorporación de la mujer al trabajo, la de la inmigración o la de la exclusión social. No hay recetas mágicas para esto pero tampoco partimos de cero: la historia del movimiento obrero y de los movimientos sociales es rica en experiencias de recomposición tras períodos de crisis. La movilización social, la participación democrática y la autoorganización de los sectores sociales afectados para responder a las agresiones (empresariales o gubernamentales) son condiciones básicas para recuperar el aliento; recuperación que sólo se puede dar a través de la movilización y la lucha participativa y democráticamente organizada: la lucha como espacio solidario y marco de confluencia de los sectores sociales diversos en defensa de intereses que son comunes frente a las agresiones del sistema.

Ello exige un cambio radical en una agenda sindical dominada durante bastantes años, más empeñada en acompañar procesos de reconversión, reforma laboral o compartir procesos de desvertebración de la clase obrera mediante la precarización de las relaciones laborales que en confrontar las políticas neoliberales (como la Agenda de Lisboa o el proyecto de Tratado para una Constitución Europea) o construir la solidaridad desde abajo y más allá del ámbito de la empresa a través de procesos participativos y de convergencia de los sectores sociales afectados. En una palabra, integrando los problemas sociales en la agenda sindical.

### **Convergencia con los movimientos sociales**

Convergencia en las luchas y convergencia en espacios como los Foros Sociales en curso, intercambiando experiencias, debatiendo y reflexionando con el resto de movimientos la manera de hacer frente al neoliberalismo imperante. Visto desde la perspectiva del movimiento altermundialista, uno de sus retos fundamentales es atraer a su agenda al movimiento sindical; visto desde la perspectiva del movimiento sindical, su asignatura pendiente es la convergencia con el movimiento altermundialista, desde la perspectiva del consenso sobre objetivos comunes y el respeto a la diversidad. No es un camino fácil y precisa de tiempo, pero es el único posible.

### **Definir alternativas**

Comentábamos más arriba que con el proceso de movilizaciones que se vienen dando durante la última década se ha iniciado el fin del paradigma TINA: el mundo se mueve y se mueve contra las políticas imperantes. Como es natural su primer paso es de crítica a lo realmente existente, de deslegitimación del sistema, pero aún estamos lejos de haber avanzado lo necesario en el terreno de las alternativas. Este es un trabajo pendiente y, en cualquier caso, los progresos que se vayan a dar en el mismo también van a estar condicionados por los avances reales que se den en la praxis social, en la lucha de clases.

Tras la amarga experiencia de estas tres últimas décadas está claro que el marco de las alternativas no puede ceñirse a los márgenes de un sistema que entroniza la propiedad privada y sacraliza el mercado como pilares básicos de la sociedad; el sólo hecho de la defensa cerrada que de estos elementos realizan los poderes económicos es más que suficiente para llegar a la conclusión que las alternativas no pueden limitarse a reformas institucionales del sistema.

Dos lemas tan básicos como «no somos mercancías», «no estamos en venta» y las voluntad que viene expresando el movimiento altermundialista de que el futuro lo tenemos que decidir entre todos y todas, que la democracia —la participación democrática de las personas— no se puede ceñir ni a un proceso electoral cada cuatro años, ni al ámbito de la política a desarrollar en las instituciones representativas sino que tiene que recorrer todos los poros de la sociedad, son un buen punto de partida para empezar a definir alternativas.

Responder a la globalización neoliberal exige pues una mutación importante en el quehacer sindical, tan grande o más que la impuesta por el sistema a la praxis sindical a lo largo de estos años. Un cambio difícil pero ante el que no cabe cerrar los ojos, porque con ello lo único que se logra es retrasar su solución.